

## CONFUCIO, MAESTRO DE MIL GENERACIONES

Hay que seguir de cerca el pensamiento filosófico oriental, para hacerse cargo del influjo decisivo que sigue ejerciendo Confucio no sólo entre los Letrados, sino también en amplísimos sectores del pueblo siempre presto a honrar su memoria con ritos expresivos. Baste recordar la actitud adoptada por las autoridades vietnamitas del Sur, quienes buscan en la Moral de Confucio un baluarte inexpugnable contra la infiltración marxista, amenaza constante desde que el comunismo domina todo el norte de Indochina. Cada año se celebra el aniversario del nacimiento del Maestro (en octubre de 1965 se conmemoró el 2516° aniversario), insistiendo siempre en la urgente necesidad de dar una importancia creciente al código moral del ilustre filósofo chino.

De hecho, en la joven República del Viet-Nam, el Confucianismo se ha convertido en objeto de la política gubernamental y es que los jefes responsables, juzgan que el Budismo y el Taoismo resultan teorías demasiado vagas e inconsistentes para combatir la acción soviética y la moral cristiana les parece excesivamente lejana de la mentalidad popular. En cambio, hallan en la escuela de Confucio la solución adecuada. En pocos meses "el templo de la Literatura" de Saigón con la serie de tabletas que describen la vida de Confucio, ha quedado restaurado, la revista "Confucio" va exponiendo la moral del Maestro, y así se espera que el Sabio "continuará siendo el modelo de perfección para las 10.000 generaciones futuras" y opondrá un dique irresistible a las ambiciones moscovitas. En este sentido ha escrito Lin-Yu-Tang: "El Confucianismo, como fuerza viva en el pueblo chino, aún va a determinar nuestro modo nacional de dirigir los asuntos y a modificar el comunismo. Si éste llegara a implantarse en China, repetiríamos meramente contra el comunismo occidental la lucha que Mencio libró contra los primitivos comunistas chinos"<sup>1</sup>.

Si, pues, aun en nuestros días se deja sentir el influjo del Maestro; si su sistema moral permite concebir la esperanza de una reacción contra el dominio comunista, se nos ocurre que aún conserva interés y actualidad investigar la razón suprema de su influjo

---

<sup>1</sup> Lin-yu-tang, *La Sabiduría de Confucio*. Buenos Aires. Versión española. Introducción, p. 14.

secular y mérito extraordinario, es decir su filosofía moral, fuente de sanas costumbres.

## LA PERFECCION MORAL EN LA FILOSOFIA DE CONFUCIO

Cuando Confucio apareció en escena, 551, antes de Cristo, el Imperio Celeste se precipitaba, de la cumbre de su grandeza, en la sima de la degradación moral: príncipes feudales esparcían por doquiera los gérmenes del hambre y la muerte; el pueblo, vejado por impuestos injustos, a veces arrancado de su hogar, llevaba una vida próxima a la agonía.

En fondo tan lúgubre se presenta la nación ya a lo largo del siglo VII, cuando el Emperador Yu-Wang (782-771), entrega las riendas del poder a una cortesana disoluta: A esta época merece referirse el poema de las "Odas" que nos describe con colorido impresionante, las luchas y miserias de un Estado decadente.

En un encuentro con la luna,

El sol se eclipsó...

Oh infausto suceso!

Entonces la luna decreció,

Y el mismo sol comenzó a desfallecer.

De veras, los hombres de hoy día son dignos de compasión.

El sol y la luna pronostican desgracias.

Al no seguir su camino:

Los hombres íntegros ya no desempeñan los cargos oficiales.

Si la luna desfallece,

Aún no se considera como presagio de infortunios,

Pero también el sol comienza a eclipsarse

Un gran desastre se avecina...

El cielo se estremece con truenos y relámpagos:

El descanso y el bienestar se ausentan;

Los ríos hierven a borbotones;

Ruedan peñascos, desprendidos de la cima de los montes,

Los montes se convierten en valles.

Y los valles hundidos paran en collados...

¡Ay de los hombres de hoy día!

¿Por qué nadie enmienda la política actual?

Una mujer hermosa desposada con el Emperador,

Está sembrando discordias<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> *Che-King o Libro de los Poemas*, parte 2.<sup>a</sup>, Libro IV, Poema IX.

Los sinólogos modernos, siguiendo al P. Amiot, *Mémoires concernant les Chinois*, t. II, p. 1777, insisten en que este poema describe los espantosos fenómenos que se divisaban en el cielo cuando el imperio caminaba al desastre a causa de la inmoralidad de la concubina imperial Pao-se.

Era verdad: la mayoría de la gente prescindía de la fidelidad debida al Ser Supremo, descuidaba sus deberes religiosos; más aún, poco a poco se iban infiltrando en la vida familiar y social miles de prácticas supersticiosas y artes mágicas; al contacto con los ejemplos perversos, las costumbres se iban corrompiendo y sola la fuerza se consideraba como norma y fuente del derecho. Por todas partes cundían la guerra, el hambre, la miseria; por todas partes se veían familias errantes en busca de un país mejor; en todas partes se encontraban yertos cadáveres en putrefacción...

En cierta ocasión, mientras caminaba Confucio a los pies del monte T'ai, percibió los lamentos amargos de una pobre mujer y conmovido por la escena, envió a uno de sus discípulos a que la preguntara por qué sollozaba en lugar tan retirado. "El tigre —respondió la viuda atribulada— ha matado a mi suegro y lo mismo les ha pasado a mi marido y a mi hijo". Al oír tal respuesta insistió el Maestro: "¿Por qué moras en un paraje tan temible? "Porque aquí, contestó ella, nadie puede molestarme". "Discípulos míos, replicó Confucio, aprended cómo un Gobierno tiránico es más cruel que los tigres".

Confucio logró la magistratura tanto en la nación T'si como en su propia patria Lu y con ello consiguió restaurar al cabo de tres meses el orden moral en la corte de su propio monarca. Esto no agradó al soberano de la nación vecina T'si y así se le ocurrió obsequiar al Príncipe amigo con 80 bailarinas quienes se encargaron de apartarle del sendero recto. En vano se empeñó el Maestro en animarle a mejorar la conducta. Fracasado en su loable empresa no tuvo más remedio que abandonar la Corte en busca de otro soberano que se aviniera a reformar las costumbres corrompidas de sus vasallos. En ninguna parte encontraron eco sus enseñanzas. Por eso a los 15 años de afanes estériles, se consagró en su propio país a formar un grupo selecto de discípulos y a corregir los libros clásicos.

Merced a estos recursos, el Sabio pretendía forjar hombres perfectos, mejor dicho, jefes de Estado, quienes a base de virtud y ciencia fueran capaces de desarraigar los gérmenes de corrupción y de implantar doquiera la restauración moral. Por tanto no estoy completamente de acuerdo con Maspero cuando escribe: "El individuo como tal, es ajeno al estudio de Confucio"<sup>3</sup>. Sería más exacto afirmar que el Maestro no apuntaba inmediata y principalmente a la perfección individual ya que se había propuesto como meta de sus aspiraciones el blanco más universal del resurgimiento moral de la sociedad que estaba a punto de desmoronarse; pero consciente de que la perfección social ha de comenzar por la virtud individual, no dejó de insistir en este punto vital.

## I. NATURALEZA DE LA PERFECCION

Todos los filósofos se han distinguido por el empeño con que han estudiado la perfección de la naturaleza humana, pero en especial se complacen en discutir sobre si la naturaleza humana es buena o mala en sus elementos constitutivos. Dejando a un lado las sentencias de otros sabios, es preferible fijarse en la teoría que defiende Confucio sobre este punto.

A juicio de Wieger, "el punto fundamental de la Etica confuciana es la rectitud nativa. El hombre nace dotado de rectitud moral", propenso al bien, sin inclinación al mal<sup>4</sup>. Comentario inadmisibile porque Confucio no olvida que los seres humanos, sujetos a pasiones violentas, pueden desviarse de su rectitud, por lo cual impone el deber de dominarse como medio imprescindible para llegar a la perfección natural. En efecto, el Maestro en sus Diálogos aparece exhortando a su discípulo Yen-Yuen a refrenar los afanes desordenados para que pueda reintegrar la rectitud de su espíritu<sup>5</sup>. Este texto, con la interpretación que le da el discípulo Y-Wang: "las pasiones son connaturales al hombre", ha sugerido a P. Kranz la idea de atribuir a Confucio la doctrina del pecado original y personal con el que los hombres nacen manchados<sup>6</sup>.

Ne quid nimis... A impulsos de su afán de conciliar el Confucianismo con el dogma cristiano, el sinólogo alemán no tiene reparo en llegar a conclusión tan peregrina.

Tengo para mí que más acertado anduvo el traductor inglés Legge. Según su versión: 人之生也直 equivale a decir: "el hombre nace perfecto o nace para la perfección<sup>7</sup>. Optamos por esta segunda versión porque está más en armonía no sólo con todo el sistema moral de Confucio, sino también con la frase siguiente: "En vano sigue viviendo quién conserva la vida una vez apartado de la rectitud moral". Ahora bien, ¿cómo puede apartarse de la rectitud natural el que por su naturaleza nace tan perfecto que no siente inclinación alguna al mal?<sup>8</sup>.

<sup>3</sup> Enrique Maspero, *La Chine antique*, París, 1927, libro V, cap. II, p. 459.

<sup>4</sup> L. Wieger, *Controversiae. Evolutio opinionum apud Siensenses*, Sienshien, 1934, p. 34; *Histoire des croyances religieuses*, París 1927, lec. 34.

<sup>5</sup> Luen Yu o *Diálogos de Confucio*. Este libro contiene las enseñanzas y los ejemplos del Maestro y de sus discípulos inmediatos. Por brevedad lo indicaremos con la abreviatura: Ly. La abreviatura: Ty indicará el tratado *Tchong-Yong*.

<sup>6</sup> P. Kranz, *Confuzius und Christus nicht Feinde sondern Freunde*, 1903.

<sup>7</sup> Legge, *The Four Books. Chinese Classics in English*, 1904, p. 54.

<sup>8</sup> Tal vez Maritain, en su libro *Religion et Culture*, París 1930, pp. 11-18, cuando se pone a explicar qué significa "cultivar la naturaleza humana", arroja luz sobre la sentencia del moralista chino. "El trabajo de la razón y las virtudes, dice, es natural en cuanto se conforma con las inclinaciones esenciales de



A la luz de esta solución, salta a la vista la armonía del sistema confuciano. Porque, qué diferencia media entre los dos principios: "La naturaleza humana es de por sí buena" y "todos los instintos son aceptables, todas las pasiones inocentes". Ninguna, y es que si el hombre es naturalmente recto, todo lo suyo será bueno y como lo bueno se ha de desarrollar, el hombre tendría siempre derecho a dar rienda suelta a las tendencias instintivas de las pasiones. Ahora bien, esta consecuencia lógica no sintoniza con el consejo tan insistentemente inculcado en la Moral Confuciana. "Véncete a tí mismo", es decir, refrena tus impulsos desordenados con la finalidad señalada de restaurar el orden social.

Demos un paso adelante y nos percatemos de que esa perfección personal consiste en la armonía de nuestro entendimiento con la verdad, en la adhesión sincera de nuestra voluntad al bien moral, en la templanza que modera todos los movimientos del corazón.

A) En primer lugar se impone el conocimiento de la verdad y del error, del bien y del mal, conocimiento que, a excepción de unos cuantos hombres extraordinarios que nacen dueños de la sabiduría (Ly, XVI, 9), no se adquiere sino merced al estudio de la ciencia. Y así este estudio se requiere para andar lejos de caer en seis vicios comunes a todos cuantos desean practicar las virtudes sin preocuparse de examinarlas a fondo. "El que quiere mostrarse misericordioso y descuida el estudio, cae en la falta de discernimiento; toda persona entusiasta de la ciencia que no se aficiona al estudio, cae en el error; el celoso cumplidor de la palabra dada que no se afana por el estudio, daña al prójimo; el que se precia de hablar sin rodeos y no procura aprender, se muestra imprudente; el que ufano de su carácter enérgico, no se empeña en instruirse, trastorna el orden; el que en su afán de distinguirse por la firmeza de su carácter prescinde del estudio no podrá menos de molestar a los demás por su conducta temeraria" (Ly, XVII, 8).

En este particular el punto principal está en escoger con esmero el objeto de la investigación, porque no podrá menos de perjudicar al sabio el estudio de principios heterodoxos o ajenos a la doctrina de los Maestros antiguos (Ly, XI-16). Por eso el mismo Confucio, entusiasta admirador de los antepasados, se esmeraba por inculcar

---

la naturaleza humana y pone en juego los resortes esenciales de ésta. No es natural, en cuanto la naturaleza no nos lo da todo hecho, se añade a lo que la naturaleza, considerada sin este trabajo de la razón, reducida por tanto a las energías de orden sensitivo y a los instintos, o considerada antes de este trabajo de la razón, es decir, en estado de evolución como embrionaria o primitiva produce de por sí para sí misma". Según esto, la frase de Confucio podría interpretarse en el sentido de que el hombre está dotado de tendencia esencial, de potencia física para seguir los dictámenes de la razón y cultivar las virtudes, por lo cual la naturaleza rinde frutos que no daría, dejada a sí misma, sin este cultivo personal.

la doctrina tradicional y nunca se ponía a forjar teorías nuevas (Ly, VII-1), prefería ilustrar los libros de los Poemas, Anales, Ritos (Ly, XII-17) porque no sólo animan a cultivar la virtud y examinar la conciencia, sino que también nos enseñan a portarnos correctamente con el prójimo, a indignarnos justamente, en casa a socorrer al padre, y en la vida social a prestar nuestra cooperación al Monarca, así como nos dan a conocer muchas clases de aves, cuadrúpedos y árboles (Ly, XVII-0).

Al oír cierto día a su hijo Pe-Yu que aún se dedicaba al estudio de los Poemas y los Ritos, observó Confucio: "Si no procuras dominar los Poemas, no tendrás materia de conversación... Tu virtud no seguirá firme, si dejas caer de tus manos el libro de los Ritos" (Ly, XIII-13).

Rara vez se entretenía en cuestiones relativas tanto a asuntos lucrativos para evitar que los suyos se preocupasen de intereses propios y mezquinos; como los referentes a la Providencia celeste y a la virtud perfecta, porque tenía para sí que sus discípulos no estaban en condiciones de asimilar enseñanzas tan sublimes, ni practicar virtudes tan costosas (Ly, IX-1). Asimismo no se avenía a desentrañar la doctrina tocante al culto de los espíritus y la muerte porque el que no sabe cumplir sus deberes con los hombres, no se sentirá con fuerzas para cumplirlos con los espíritus; el que no sabe qué es vivir, desconocerá por completo qué es la muerte (Ly, XI-11).

A base de éstos y otros textos, no han faltado sinólogos modernos que, haciéndose eco de la escuela racionalista de Tshu-Hi han pretendido honrar a Confucio como el autor de un hermoso sistema moral, pero de un sistema inspirado en el materialismo más avanzado. A justo título, el Dr. Ross los acusa "de ignorancia culpable"<sup>9</sup>. De hecho, no se puede dudar que el Maestro adoraba al Cielo o al Señor Supremo porque, invitado una vez a orar, declaró que "hacia tiempo oraba" (Ly, VII-34).

Tampoco acierta Tshu-Hi cuando pretende torcer el sentido de la frase citada con la siguiente interpretación: "Orar no es más que seguir la virtud, corregir los propios defectos y así procurarse el socorro de los espíritus. Como quien dice: Cada día si encuentro algo defectuoso, lo corrijo; si encuentro ocasión de practicar alguna virtud, procuro conseguirla; de veras, mi oración... es continua" (Ly, VII-34).

Es de lamentar que no pocos sinólogos se hayan aferrado a este comentario. Mas, no nos parece difícil probar ya por el contexto, ya también por las circunstancias que rodearon la vida toda del Sabio, que el término "TAO" equivale a tratar con el Ser Supremo. Ya sabemos que el Maestro puso especial empeño en acomodarse

<sup>9</sup> J. Ross, *The Religion of Confucius*, *The Chinese Review*, I, 1914, pp. 132.

a las prácticas tradicionales. Pues bien, el libro de las Odas nos asegura que los antiguos chinos, en la adversidad, no dejaban de implorar la misericordia del Cielo; en la prosperidad le tributaban acciones de gracias <sup>10</sup>. Es más, el mismo Confucio reconoce en términos inequívocos, en presencia de sus discípulos, que la adoración del Cielo se impone a quien desea llegar a la perfección. "El que desconoce los mandamientos del Cielo, nunca logrará la Sabiduría" (Ly, XX).

Empresa más árdua nos parece la de descifrar el enigma de si el Cielo o el Señor Supremo que veneraban los chinos en la antigüedad más remota era un Dios personal o se identificaba en forma panteística, con el cielo visible. Soy de opinión que el análisis de los textos recogidos por sinólogos eminentes nos permite llegar a la siguiente conclusión: Los chinos primitivos no distaron mucho de la Teodicea cristiana <sup>11</sup>.

"En cuanto a los Manes, observa Wieger, Confucio aprobó y practicó la doctrina tradicional dejando aparte innovaciones temerarias. Expresamente dijo que no se debía modificar nada en el culto de los Manes ya que no se sabe lo que más agrada a los difuntos, ni cuál sea su estado. Cada familia debía adorar los Manes propios, no los ajenos, según los ritos prescritos, con gran devoción, como si estuviesen presentes" <sup>12</sup>. Ahora bien, si Confucio admite la supervivencia de los espíritus allende la tumba y si, como es evidente, reconoce la justicia divina, no parece temerario suponer que el autor de un sistema moral conforme a los dictados de la razón, aun cuando de intento no toque la cuestión de la sanción futura, no dejaría de interesarse por el estado de las almas que han emigrado de este mundo visible. Ni faltan otros argumentos más convincentes.

Las Odas y los Anales que tanto estimaba el Sabio, nos refieren que los antiguos monarcas y sus ministros que gobernaron debidamente el Estado, tienen su mansión en la Corte Celestial.

En cuanto al Método, el Maestro ponía sumo interés en dirigir a cada uno conforme a su carácter y al nivel de perfección conseguida, para no imponer una carga superior a sus fuerzas. Y así cuando le preguntan dos discípulos si en cuanto se conocía algo bueno convenía ponerlo en práctica, Confucio les da una respuesta contradictoria. Esto no deja de provocar cierta extrañeza en otro de sus

<sup>10</sup> Couvreur, *Che-King*, 1896, p. XXVI; Wieger, *Textes philosophiques*, 1930, p. 132.

<sup>11</sup> Couvreur, *ibid.*, pp. XXI-XXV; Wieger, *ibid.*, pp. 7-124. Además en sus *Controversiae* afirma que Confucio fue teísta en el sentido primitivo, porque todos los textos que sacó de los archivos para uso de los jóvenes a quienes instruía, no sólo saben a teísmo sino lo profesan abiertamente. Además el teísmo era entonces la doctrina oficial del Estado y público el culto. También la monografía en chino de Wang-Che-Sin, *La idea de Dios en la historia china*, confirma nuestra tesis.

<sup>12</sup> Couvreur, *ibid.*, pp. XXVII-XXVIII.

alumnos, quien le suplica se digne resolver la dificultad "K'ieu, replica el maestro, por su carácter tímido no se atreve a seguir adelante y por eso le he animado; en cambio a Yeu, de carácter audaz y áspero, tenía que refrenarlo" (Ly, XI-2).

Este progreso se ha de hacer por sus pasos. "El Maestro guía gradualmente al discípulo. El que tiene que aprender la sabiduría no ha de echar a andar por el camino de la virtud; el que ha de recorrer la senda de la virtud tiene que abstenerse de fijar su posición; quien ha de consolidar su virtud, evite andar calculando si una ley general afecta o no a un caso particular" (Ly, IX-28). El mismo Confucio hubo de trabajar para subir de lo más bajo a lo más sublime de la sabiduría" (Ly, XIV-37). A esto se refiere la alusión con que el ilustre filósofo, ya decrépito por la edad, resumió su carrera ascendente hacia la virtud: "A los 15 años, me consagré al estudio de la sabiduría; a los 30, observaba sus leyes con toda firmeza; a los 40, no había para mí puntos oscuros en el itinerario de la perfección; a los 50, conocía la Providencia del Cielo; a los 60, aún sin ponerme a pensar, entendía todo cuanto llegaba a mis oídos; a los 70, seguía en todo mi deseo, sin quebrantar norma alguna" (Ly, II-4).

B) El conocimiento de la perfección, si ha de recibir su forma característica, tiene que bajar de la cumbre fría de la inteligencia, al horno de la voluntad. ¿Qué me aprovecharía, en efecto, conocer la senda de la perfección, si no me decido a seguirla? En cambio quien de veras se propone seguir el bien, sacará de ello notable provecho, porque encontrará honda satisfacción en la práctica de la virtud y prescindirá de todo lo demás (Ta-Hio, IV). Por eso, la perfección personal no puede menos de fijarse en la sincera adhesión de la voluntad al bien, de donde brotará un deseo de conseguirlo a toda costa. Esta sinceridad sumamente necesaria para lograr "el camino medio" en el que consiste la perfección (Tchong-yong), se pone de manifiesto especialmente cuando surgen dificultades y peligros. Así como a la llegada del invierno, "sabemos de antemano que el pino y el ciprés se han de despojar de sus hojas, así en medio de las luchas y afanes brilla la constancia del varón sabio" (Ly IX-29). Con esto el sabio supera a legiones de soldados quienes pueden verse privados del jefe, en cambio a él nadie puede despojarlo de la voluntad sincera de obrar el bien (Ly, IX-24). Esta voluntad se va consolidando cada día con el estudio y la práctica de los ritos y sus propios deberes.

C) En verdad, quien se decide a ajustar todos los movimientos de su corazón a la norma de la razón necesita una voluntad firme y constante. A juicio de Confucio, no basta refrenar el orgullo, la jactancia, el odio, la ambición (Ly, XIV-2), hace falta además, la enmienda de la vida, porque si el ánimo concibe la ira, si teme, si



está triste, o preocupado, no se muestra recto, pues mientras está sometido a tales impresiones no conserva el dominio de sí mismo, de suerte que el alma enajenada por la pasión, mira sin ver, escucha sin oír, como sin percibir el sabor de los manjares (Ta-Hio, VII).

“Cuando no brota sentimiento alguno de gozo, ira, tristeza, alegría, nuestra alma se encuentra en equilibrio, en cambio, cuando surgen tales sentimientos y el alma guarda medida conveniente, está en armonía perfecta” (Ly, I). Más aún, no faltan afectos honestos en sí, que merecen ser excitados, por ejemplo, con la lectura de los Poemas (Ly, VIII-8). A esto se añade que la virtud principal en la Moral Confuciana (ren): la bondad, el amor al prójimo, dista mucho de la frialdad del corazón que Wieger achaca a Confucio, ya que esta virtud no se muestra la misma para con todos, sino que guarda cierto orden según la jerarquía de las personas y las virtudes en ellas predominantes. Ante todo hace falta amar el bien y odiar el mal. “Sólo el varón dotado de la bondad, logra amar debidamente a todos u odiarlos en el grado exacto” (Ly, IV-31). “El varón sabio se distingue por el interés con que ante todo prefiere la justicia” (Ly, XIII-23). “El sabio aborrece a los que ponen de manifiesto los defectos de los demás y denigran la fama de los hombres eminentes, a los decididos que descuidan la observancia de las leyes y a los atrevidos que se muestran de entendimiento obtuso” (Ly, XVII-23). Por lo tanto, el que se dedica a reformar los afectos del alma, ha de enmendar también los hábitos torcidos atacando sus propios defectos y no precisamente los ajenos y tendrá presente la práctica de la virtud más bien que su posesión. He aquí un grado sublime de virtud” (Ly, XII-20). La experiencia enseña que no se escala cumbre tan excelsa de un salto. Busquemos pues, el itinerario que traza Confucio para llegar a esta deseada meta.

## II. LOS CAMINOS DE LA PERFECCION

Si para escalar al cima de la perfección moral han de cooperar la facultad intelectual aspirando a la verdad, la facultad volitiva dando su consentimiento al bien y por fin, las fuerzas ejecutivas practicando la verdad y el bien, reclama el orden lógico que se expongan los medios que sugiera el Maestro para que todas las facultades puedan cumplir su deber.

### A) *Medios concernientes al entendimiento*

Enseña la psicología experimental, basada en la experiencia de cada individuo, que la verdad que mueve la voluntad causándole

grata impresión, la estimula con suma eficacia a traducirla en actos. Y si esta verdad, a manera de hábito, se fija y echa raíces en el alma, iluminando las circunstancias de nuestras actitudes y actuaciones, la voluntad consigue la firmeza, la constancia, la alegría radiante con que lleva adelante empresas que a primera vista parecen insuperables. Nuestra vida se cotiza al precio del ideal que la anima porque si es verdad que la voluntad modela los grandes hombres y en especial los héroes de la perfección, con todo, a fuer de potencia ciega, necesita la luz de la inteligencia que le presenta la meta de sus aspiraciones.

No ignoraba Confucio que la persona humana se rige por principios filosóficos y por eso, al hacerse cargo de que la patria estaba a punto de desquiciarse, puso especial empeño en infiltrar en los suyos la herencia doctrinal de los sabios antiguos. Estimaba tanto las ideas, guías de nuestras acciones, que en sus labios sonaba lo mismo "hombre vulgar" que "hombre privado de principios"<sup>14</sup>. "Nunca llega a la perfección quien no se guía por principios" (Ly, XIV-7). "El hombre privado de principios tiende hacia abajo" (Ly, XIV-24) "El hombre vulgar se manifiesta por su desprecio a la máximas de los sabios" (Ly, XVI-8).

Por lo demás, el cultivo de sí mismo, nota característica del sabio, abarca no sólo el conocimiento sino también la práctica de los ideales porque los juicios prácticos del entendimiento guían nuestras acciones insinuándonos la meta y los medios más aptos para alcanzarla. El que quiere lograr la perfección, ha de grabar en su mente esta norma directiva: "Quiero conocer y seguir la voluntad del Cielo o la Ley natural". "El que no se asimila los preceptos del Cielo, nunca llegará a la perfección" (Ly, XX-3). "El sabio considerará la virtud como fin y síntesis de todo cuanto le parece verdadero, bueno, hermoso; como la estrella polar hacia la cual orientará todos sus afanes" (Ly, XV-31).

Además, el discípulo se vale, ya de la atención, por la que aún lo malo puede cooperar al bien, ya de la reflexión, que somete a examen sus propias acciones. "Si caminara con dos compañeros, uno bueno y el otro malo, ambos me servirían de maestros. Examinaría lo bueno que tiene el primero para procurar imitarlo; lo malo del segundo para corregirlo en mí mismo" (Ly, XVII-21). "El sabio se fija en sí mismo" (Ly, VII-21). ¿Quieres saber un medio a propósito para llegar a esta meta? Imaginate que te encuentras en presencia de un huésped distinguido" (Ly, XII-2); examina tu corazón:

<sup>14</sup> Así Couvreur, tanto en su *Dictionnaire classique de la langue chinoise*, París, 1911, en la palabra *siao ren*, como en los textos arriba citados: "hombre sin principios".

<sup>15</sup> J. B. Kao, *La Philosophie sociale et politique du Confucianisme*, París 1934. Añade otro tipo a la clasificación confuciana: el hombre perfecto. Tal vez se base en la evolución ulterior de la doctrina, pero su adición no parece sufi-

“el sabio al sondear lo más recóndito de su espíritu se siente tranquilo si no encuentra defecto alguno” (Tchong-Yong). Obrando así evitará las faltas involuntarias las cuales una vez cometidas y no enmendadas, se convierten en verdaderas faltas (Ly, XV-29).

### *B) Medios relativos a la voluntad*

La eficacia de la voluntad radica en dos elementos: en los principios o ideales y en los afectos. Los ideales son como faros luminosos; los afectos como resortes que nos estimulan a la acción. Si el afecto predominante se sujeta a la idea central, domina el corazón, engendra la alegría y la fortaleza que se requieren para sobrellevar carga tan pesada y duradera.

El sabio ha de distinguirse por su valentía y magnanimidad. “El peso, en efecto, es grave; el camino, largo. Se ha comprometido a cultivar la virtud y, ¿no es esto pesado? El camino emprendido desemboca en la muerte y, ¿no es esto largo? (Ly, VII-9). Si a este carácter decidido se junta la constancia, no anda lejos la virtud perfecta (Ly, XXII-27). Para practicar estas virtudes hay que hacerse continua violencia, imitar la corriente del río, violentándose para escalar la cima de la virtud (Ly, IX-6). De ahí la necesidad de un esfuerzo incesante; el discípulo de la sabiduría, si pone continuo empeño, aun cuando al instante no consiga muchos bienes, irá recogiendo riquezas incontables; pero si se para a medio camino, pronto perderá todo cuanto ha conseguido (Ly, IX-18).

### *C) Medios tocantes a la acción*

La virtud, siendo como es, un hábito bueno que inclina a la voluntad a obrar el bien, supone la repetición frecuente de los actos buenos para que, éstos a modo de una segunda naturaleza, ayuden a las fuerzas volitivas y apetitivas a hacer la verdad con prontitud, facilidad y satisfacción. Al principio, la virtud se hace cuesta arriba, pero una vez conseguido el hábito, parece más llevadera. “El que conoce la virtud no se puede comparar con el que la ama; el que ama no iguala al que siente el alma henchida del sabor grato de su práctica” (Ly, VI-18). Por lo tanto, cuando Confucio anima a los suyos a obrar el bien, no sólo pretende que los actos honestos orienten los afectos de corazón, sino también, que cada día hagan más grata la práctica de la virtud, y es que, a medida que ejercemos la virtud con mayor prontitud y gusto, más nos acercamos a la perfección. Ahora bien, los actos virtuosos se pueden reducir a tres clases, según se refieran al Señor Supremo, al prójimo, o a cada uno en particular.

---

cientemente fundada si se tienen solamente en cuenta las enseñanzas del Maestro.

## EL SEÑOR SUPREMO

El Señor Supremo y los demás seres superiores han de excitar reverencia y confianza de donde brotará el deseo de acudir a ellos por medio de la oración. Todo, aun la vida y la muerte, las bellezas, los honores, dependen del Decreto del Cielo (Ly, XII-5). Por mucho que se empeñen los hombres, nada pueden contra las decisiones del Cielo. Amenazado de muerte, Confucio dirige a sus enemigos este reto: ¿Qué pueden hacer contra mí los habitantes de la Aldea K'uang? El cielo no permitirá que me maten porque no quiere destruir la doctrina que he de enseñar" (Ly, IX-5). "El cielo conoce la virtud de cada uno" (Ly, XIV-36). "El Sabio nunca se queja del Cielo" (Ty, 14). Honrar los espíritus con reverencia lo atribuía Confucio a suma prudencia (Ly, VI-25). Ya se ha hecho arriba mención de la frase que revela el espíritu religioso de este Maestro esclarecido: "Hace tiempo me dedico a la oración".

## EN CUANTO AL PRÓJIMO

El que reconoce que el Cielo ha creado todos los seres (T'chong-Yong, 17), no tendrá dificultad en llegar a esta conclusión: "Dentro de los cuatro mares todos los hombres son hermanos" (Ly, XII-5). Por eso, el mayor precepto que abarca a los demás, se reduce al de amar al prójimo (Ly, IV-15). En este punto conservamos el testimonio de un discípulo suyo quien compendia toda la moral del Maestro en la perfección individual y en amar al prójimo como a sí mismo. "El precepto que abarca todos los demás, es amar a los otros como a sí mismo" (Ly, XV-23). "No hagas a los demás lo que no quieres para tí" (Ly, XII-2). La virtud perfecta no consiste en ayudar a todos los hombres —lo que es imposible— sino en medir a los demás con la misma medida con que se aprecia a sí mismo" (Ly, VI-28). Por eso entre los tres pasatiempos que ceden en provecho moral, el segundo consiste en ponderar las dotes de que los demás están adornados (Ly, VII-5). El sabio, aun cuando abraza a todos en su amor "pone sumo empeño en escoger a sus amigos" (Ly, XVI-4) y no entabla amistad sino con los mejores (Ly, XV-9).

## A CADA UNO EN PARTICULAR

Confucio imponía el deber de controlarse a sí mismo, control que se ha de manifestar en el dominio de las pasiones y es que estaba convencido de que nadie es capaz de amar sinceramente al prójimo como a sí mismo sino se afana sin cesar por abnegarse a sí mis-



mo refrenando la soberbia, la vanagloria, el rencor, la ambición. Con todo, esta abnegación personal, aun cuando repugnante a la sensualidad humana, no la reconoce como virtud consumada, ya que no es sino el camino de la perfección (Ly, XIV-12). Por lo tanto, el sabio, a semejanza de quien viste una bata de seda, cubierta de una capa sencilla, sabe ocultar la virtud (Tchong-Yong, 33). Más aún, si le salen al paso la pobreza y la humillación, las ha de acoger de buena gana (Ly, IV-5). El Maestro —así lo atestiguan sus discípulos— se mostró siempre ejemplar en este despojo de la propia voluntad porque logró desarraigar todo germen de avaricia, terquedad, dureza de juicio, en una palabra, todo egoísmo (Ly, IX-4).

### III. GRADOS DE PERFECCION

Los hábitos arriba mencionados imprimen un sello característico en los seres racionales que tienden a actuarlos y así en la acción se ha de manifestar la medida en que están arraigados en cada persona humana. “Los hombres son semejantes por la naturaleza, es decir, por los elementos constitutivos del cuerpo y las facultades del alma, pero se diferencian por los hábitos que van adquiriendo” (Ly, XVII-2). A base de esta norma Confucio clasificó a los hombres en diversos grupos, conforme al grado en que las virtudes se muestran arraigadas en las potencias espirituales. En esta clasificación se distinguen cuatro tipos: 1.º) el hombre vulgar 小人; 2.º) el discípulo de la sabiduría 士; 3.º) el varón sabio 君子; 4.º) el varón santo 聖人<sup>19</sup>.

1.º) *El hombre vulgar* 小人 (siao-ren): como no conoce ni aprecia la ley natural ni las máximas de los sabios (Ly, XVI-8), siempre tiende hacia abajo (Ly, XIV-24); se aparta del justo medio de la virtud (Tchong-Yóng, 2), siempre anda a la caza de sus intereses (Ly, IV-17), siempre se distingue por su avaricia y dureza de corazón, siempre se muestra soberbio y alborotador (Ly, XII-2), siempre se siente atormentado de mil afanes (Ly, VII-36), pretende disimular el mal que continuamente comete (Tchong-Yong, VI), pintando sus faltas y defectos de color rosa (Ly, IX-8); pero, en vano, porque la virtud es tal, aun cuando a veces parece brillar, pronto se esfuma como la niebla (Ty, 33).

2.º) *El discípulo de la sabiduría* 士 (Che) (Ly, VIII-7). Ninguno merecía este título honorífico a no ser que antes se hubiera distinguido por su interés en estimular a sus amigos a cultivar la virtud, por su rostro afable con sus hermanos (Ly, XIV-28), por su reverencia en las funciones sagradas, por su actitud de afligidos en

los funerales (Ly, XII-3). Por lo tanto, no sólo no busca sus propios intereses (Ly, XIV-3), sino que, además siempre se fija en la equidad y cuando hace falta, no duda en ofrecer su vida (Ly, XIX-1). Quien se porta de manera tan correcta se va acercando a pasos agigantados a la perfección del grado siguiente.

3.º) *El varón sabio* 君子 (Kiun-tse): Entre el Santo y el Sabio media una diferencia capital consistente en que aquél no necesita esforzarse por conseguir la virtud, ya que la ha recibido del Cielo; en cambio éste ha de lograrla y cultivarla a fuerza de puño. La divisa del Sabio: Siempre hacia arriba (Ly, XIV-24). Su modelo: el Cielo (Ty, 20). Su norma: la justicia (Ly, XIV-21). Su medida: por sí mismo medir a los demás (Ty, 13. Siempre atento a desarrollar, robustecer, perfeccionar las virtudes naturales, llega a dominarlas en grado sumo. Repasa lo que ha aprendido; aprende lo que aún desconoce y conserva con creciente empeño el conocimiento de las reglas de urbanidad (Ty, 27). El sabio penetra lo que es recto (Ly, IV-16), se muestra adicto a la verdad y al deber, mas nunca se aferra tercamente a su parecer (Ly, XV-36). Con sumo esmero vigila lo más profundo de su alma y su corazón cerrado a los ojos de los mortales (Ty, 6), de suerte que para él nada hay más patente que los secretos de su alma (Ty, 1). A esto se añade la decisión de su voluntad con que emprende las tareas más árduas (Ty, 10), decisión que, a pesar de los trastornos sociales y alborotos del corazón, siempre continúa firme, siempre permanece en el punto medio (Ty, 2). Si alguna vez se aparta del justo medio, se debe al exceso de generosidad o de afán por socorrer al prójimo (Ly, VII-15). En especial, se empeña por escuchar y ver las cosas claramente, por ser cortés, compuesto, sincero, diligente; cuando se le ocurre alguna duda, no deja de preguntar; cuando la cólera brota del corazón, pondera los inconvenientes que le puede acarrear. En presencia de alguna ocasión de ganar algo, se fija en la equidad (Ly, XVI-10), de suerte que siempre obra conforme a su nivel de virtud (Ty, 14); se esmera por estar de acuerdo con todos, sin que nunca ceda a la malicia. Por fin, siempre prudente en sus conversaciones, hace más de lo prometido (Ly, XIV-30).

Siendo esto así, salta a la vista que el sabio se conquista la dicha más pura que puede darse en este valle de lágrimas, ya que aleja de sí las causas de los alborotos interiores y así no se deja dominar de la tristeza, ni del temor, sin cesar goza de suma paz y descanso envidiable (Ly, XII-4). Es también evidente que aprovecha a los demás porque el perfume de su perfección los espolea a cultivar la virtud (Ly, XIII-28) y contribuye eficazmente al bienestar social, ya que aun oculto en su casa, con el ejemplo de sus virtudes, lleva adelante la restauración moral de la Patria (Ty, 9).

4.º) *El varón santo* 聖人 (Cheng-ren), se distingue de los demás tipos en que recibe del cielo la virtud perfecta y así la conserva sin gran esfuerzo, discierne la verdad del error, sabe escoger el bien, apunta siempre al justo medio (Ty, 20). Sólo el varón santo o sapientísimo está dotado de perspicacia, inteligencia, sagacidad, prudencia suficiente para tener en sus manos las riendas del gobierno; sólo él es generoso, magnánimo, servicial, capaz de amar a todos los hombres; activo, valiente, constante, capaz de cumplir su deber cueste lo que costare; de alma pura, grave, mesurado en sus juicios y acciones, capaz de dar a cada cosa el valor correspondiente, todo el mundo lo reverencia, confía en sus palabras, se congratula de sus hechos (Ty, 31).

Por lo demás, como ni el mismo Confucio había logrado dar con el tipo de perfección, más bien ideal, se propuso forjar varones sabios que contribuyeran al bien común de la Patria con la irradiación benéfica de su conducta intachable.

## CONCLUSION

El código moral de Confucio, observa Soothill, "es excelente y práctico, mas no encierra nada heroico". Gustosos admitimos la parte positiva del aserto; en cuanto a la negativa, deseamos hacer una distinción. Si se compara este código moral con la ley evangélica no nos llamará la atención por su doctrina moral elevada, pero si se tiene en cuenta las circunstancias en que se deslizó la vida de Confucio y la base de razón natural de que partía, no puede negarse que inculcaba preceptos costosos y aun heroicos como cuando exhorta a preferir la virtud y la humillación, a huir las honras y las riquezas no merecidas (Ly, IX-5), a cultivar sin cesar la virtud. Nadie puede negar que para poner en práctica ese caudal de consejos hace falta ánimo decidido y constante, y en alto grado.

No llega, sin embargo, el código moral de Confucio a la altura de los preceptos del Evangelio. Confucio juzgaba excesivo devolver bien por mal, porque "si pagas la injuria con un beneficio, cómo pagarás los beneficios? Paga la injuria con equidad y el beneficio con beneficio" (Ly, XIV-36). Más aún, la venganza se impone a veces como un deber: no es lícito vivir bajo el mismo techo con el asesino de su padre, ni perdonar al que mató a su hermano; en tales casos siempre ha de estar pronta la venganza<sup>16</sup>. Basado en la razón humana, sólo pudo Confucio llegar hasta las más altas cumbres de la filantropía.

Madrid

JUAN A. EGUREN

<sup>16</sup> Li-Ki, parte I, cap. I, art. V, n. 10.